

poema, ámpliamente concedida por el gran vate de Mántua, fruto fué del pensamiento que entrañaba su obra, no debiendo en modo alguno perderse de vista ni el momento en que dirige su voz á las naciones, ni la sociedad que le rodea, ni la educacion que recibe, ni la edad en que dió principio á la *Pharsalia* ¹.

Concebido el pensamiento de poner delante del Pueblo Romano la afrenta de su nombre, para despertar su antiguo patriotismo, Lucano elige pues aquellas guerras civiles que conturbaron las más apartadas regiones del mundo y derramaron al par la sangre de todos los pueblos, luchando águilas contra águilas y legiones contra legiones ². Dominado por la magnitud de los acontecimientos, ni juzga necesario alterar su relacion, ni sacarlos tampoco del inmenso teatro en que se verifican: Europa, Asia y África resonaban y se estremecían con los jubilosos gritos del triunfo y los desesperados ayes del vencimiento; los mares del Oriente y del Occidente se enrojecían al par ³ con la sangre latina; y el hijo de Mela, para quien dado este espectáculo, significaba más la afrenta de la República y lo porvenir del Pueblo Romano, que toda simple tradicion literaria, antepuso, como inevitable consecuencia, la forma esencialmente histórica á la forma tradicionalmente artística. La *Pharsalia* era por tanto en su manifestacion literaria por extremo consecuente con su idea generadora, y con la materia poética en que esta encarnaba.

Pero no porque se desarrollase aquella en una esfera altamen-

¹ Según el testimonio de Estacio, comenzó Lucano á escribir la *Pharsalia* antes de cumplir los diez y seis años de su vida:

Haec primo iuvenis canes sub aevo
Ante annos Culicis Maroniani.

Virgilio escribió su poema, titulado *Culex*, á los diez y seis años.

² Lucano empieza así la *Pharsalia*:

Bella per Emaethis plus quam civilia campos
Iusque datum scelere caninus, populumque potentem
In sua victrici conversum viscera dextra,
Cognatasque acies, et rupto foedere regni
Certatum totis concussi viribus Orbis
In comune nefas, infestisque obvia signis
Sigua, pares aquilas, et pila minantia pilis.

³ Saturentur sanguine mares (Lib. I, ver. 39).

te histórica, renunciaba Lucano á ostentar las privilegiadas dotes de que le había enriquecido á manos llenas la Providencia. Acaso no exista en la república de las letras otro ingenio que en su primera juventud haya recogido tantos y tan deslumbradores laureles: ninguno le ha aventajado despues en sus grandes cualidades poéticas. Dotado de una imaginacion prodigiosa, llena su alma de luz y de armonia, todo cuanto miran sus ojos cambia de forma y de naturaleza, tomando gigantescas dimensiones: todo recibe más brillante colorido, desapareciendo instantáneamente las medias tintas y débiles matices. Bajo las huellas de su arrebatado pincel se convierten los arroyos en caudalosos rios, crecen las mansas colinas hasta erigirse en levantadas montañas, y aparecen los hombres animados de titánicas fuerzas ¹.

Pero esta ambicion de lo grande y de lo maravilloso le conduce instintivamente á admirarlo todo, fluctuando á menudo, aun entre los objetos de su amor y de su odio. Animado unas veces de fuego patrio, vencido otras del entusiasmo que le inspiraba el valor y la grandeza de César, y movido finalmente contra los desastres de aquella fratricida lucha, ya recuerda con reverente orgullo el rígido heroismo de Caton, ya aparece, sin advertirlo, como partidario del domador de las Galias, ora pretende alentar con su propio esfuerzo á los vencidos pompeyanos, ora truena contra los secretarios de ambos capitanes, abominando la guerra civil como contraria á la felicidad humana.

Estas singulares virtudes y estas perplejidades de su espíritu debían reflejarse vivamente en la ejecucion de la *Pharsalia*; y tan grande efecto producen realmente en ella que han llegado á ser causa de que no pocos críticos y comentadores duden y aun prevariquen, al designar el verdadero héroe del poema, aun despues

¹ Este pasaje fué publicado por nuestro muy amado discípulo don Emilio Castelar en su notabilísima tesis para el doctorado de Filosofia y Letras la cual versaba sobre: *Lucano, su vida, su genio, su poema*. Reconocidas las mismas dotes en el hijo de Ánneo Mela, bien que desconociendo su origen, había escrito Mr. Nisard: «No comprendiendo [Lucano] en qué consistía la grandeza del acontecimiento, la atribuyó á las cosas exteriores, al cuadro, á los pormenores materiales... Así hizo las batallas más mortíferas, mayores las pérdidas: convirtió los arroyos de sangre en rios, las escaramuzas

de la apoteosis de Pompeyo ¹. Y si tan notable vacilacion, hija al par de su exaltada fantasia y del sentimiento de lo grande y de lo maravilloso que anida en el pecho de Lucano, no puede menos de reflejarse en la unidad de accion, menoscabando el interés artístico del poema (que aparece ademas sobrecargado con exceso de episodios), no llama en verdad menos profundamente la atencion de la critica respecto de los caracteres. Ni la figura de Pompeyo, que no consentia igual, ni la de César, que no sufría superior en el imperio (Caesar ve priorem, Pompeius ve parem ²), se hallan en efecto bosquejadas con la verdad que la tradicion y la historia conservaban en tiempo del poeta, ni presentan aquellas cualidades que subliman ya á los semidioses, ya á los héroes, transmitiendo sus nombres á la posteridad con veneracion y aplauso.

Fijemos por un instante nuestras miradas en la creacion de Pompeyo. Representaba este personaje, por efecto natural de las grandes luchas sociales y políticas que se habian realizado al pié

en combates, las colinas en montañas, los hombres en demonios» (Ut supra).

¹ Si bien la indecision y vaguedad de Lucano pueden ser causa de duda sobre este punto, es altamente notable el ver asentar á algunos eruditos como cosa demostrada, que el verdadero héroe del poema es el enemigo de Pompeyo.—Don José Rodriguez de Castro, que tuvo ocasion de consultar y comparar los juicios críticos de Martin Hanckio, en su obra *De rerum romanarum scriptoribus*, de G. J. Vossio, en su tratado ya referido *De Historicis latinis*, de don Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca Vetus*, de Juan Alberto Fabricio en su *Bibliotheca latina*, y del P. Javier de Lampillas en su *Saggio Storico*, etc., se expresa del siguiente modo: «En nada peca [Lucano] en su poema contra la unidad que enseña Aristóteles; porque ni trae como primarias todas las acciones que refiere de César y Pompeyo, ni introduce á estos dos personajes por héroes principales: antes bien imitando perfectamente la *Eneida* de Virgilio, al modo que este refiere en ella la ruina de Troya y varias acciones grandes de su héroe, dirigidas á la accion principal ó única, que es el arribo de Eneas á Italia y la ereccion de su reino en ella; así tambien Lucano pone en su *Pharsalia* lo que queda dicho [el argumento de los diez libros existentes], como episodios ó sucesos menos principales, relativos á la victoria completa, que celebra, de su único héroe, que es César, prefiriéndole á los famosos generales que nombra.»—Á la verdad sólo desconociendo absolutamente la *Pharsalia* y la pintura que hace en ella el discípulo de Séneca de los caracteres de César y de Pompeyo, es como puede admitirse este juicio. Nuestros lectores tendrán en breve ocasion de ver cuánto se apartó su autor de la sana critica.

² *Pharsalia*, lib. I, vers. 125, 126.

del Capitolio, el interés aristocrático de patricios y caballeros, para quienes era cuestion de vida ó muerte la conservacion de la República. Así lo comprendió Lucano; mas ya porque descubriese realmente en el fastuoso triunfador del Asia aquella indecision que le tiene perplejo entre los altos deberes que acepta, al erigirse en caudillo de la aristocracia romana, y el temor de enajenarse el amor y cariño de la plebe; ya porque apareciese á su vista como un hombre que desea ser grande y duda y teme serlo; todo lo cual le despojaba de las altas dotes de los héroes primitivos, no es posible admitir, como verdadera idealizacion artística, el personaje pintado por el hijo de Ánneo Mela, pues que no sólo carece de la unidad de toda concepcion estética, sino que falta en él la integridad necesaria para que pueda ser dignamente hombre. El discípulo de Séneca, despues de colmarle de aplausos y laureles, y de abultar hiperbólicamente su estatura; despues de pintarle como fiero declamador, arrogante caudillo y soberbio patricio, le humilla hasta el punto de hacerle esquivar una y otra vez la batalla que le presentan los cesarienses. ¿Qué no hubiera debido en efecto esperarse del guerrero, que recordando sus pasadas victorias, dirige á su ejército confluada y jactanciosa arenga, en que apostrofando al mismo César, su enemigo, pronuncia al cabo estas palabras?

- 580 Idem ego per Scythici profugum divortia Ponti
Indomitum regem, Romanaque fata morantem,
Ad mortem, Sulla felicior, ire coegi.
Pars mundi mihi nulla vacat: sed tota tenetur
Terra meis, quocumque iacet sub sole, trophaeis.
- 585 Hinc me victorem gelidas ad Phasidos undas
Arctos habet: calida medius mihi cognitus axis
Aegyptio, atque umbras nusquam flectente Syene.
Occasus mea iura timent, Tethynque fugacem
Qui ferit Hesperius post omnia flumina Baetis.
- 590 Me domitus cognovit Arabs, me Marte feroces
Heniochi, notique erepto vellere Colchi.
Cappadoces mea signa timent: et dedita sacris
Incerti Iudaea dei, mollisque Sophene.
Armenios, Cilicasque feros, Taurosque subegi.
- 595 Quod socero bellum, praeter civile, reliqui?...

El caudillo que de este modo hacia alarde de sus antiguos triunfos, caudillo en quien patricios y Senado tenían puestos al par ojos y esperanzas, se retira sin embargo delante de las huestes de César; y encerrándose en Brindis (Brundusio), eleva temeroso ardientes plegarias á la *Fortuna*, para que le sea propicia en su callada fuga, único medio que halla su heroicidad para salvarse de la actividad y extrema vigilancia del enemigo, que por todas partes le acosa. Pompeyo abandona á Italia y deja en manos de su rival la capital del mundo; y es en verdad espectáculo repugnante el que aquel mismo guerrero, que en tan soberbio estilo traía á la memoria sus ponderadas proezas, llegado el momento supremo de confirmar la verdad de sus palabras, derrame abundantes lágrimas, al despedirse de su esposa Cornelia (á quien envía á Lésbos), y que antes de probar la suerte de las armas, le dirija estas razones:

756 Si numina nostras
Impulerint acies, maneat pars optima Magni:
Sitque mihi, si fata premant victorque cruentus,
Quo fugisse vellim ¹.

Sin duda al llegar á este punto, no podrá menos de asaltar á nuestros lectores el recuerdo de otra despedida, ya antes citada, debida al heróico y tierno pincel del gran vate de Smirna: la despedida de Héctor y de Andrómaca. Uno y otro capitán pelean por la libertad de la patria; uno y otro aman dulcemente á sus mujeres: Héctor, aunque se muestra triste y melancólico, al estrechar á Andrómaca entre sus brazos, sólo piensa en el peligro de su patria y en el triunfo que le brinda su no domado esfuerzo: Pompeyo calcula por el contrario el éxito de la batalla, y previene el lugar donde ha de refugiarse, vencido. La fuga, no sospechada siquiera por el primero, era un temor realizable para aquel hombre que, despreciando las hazañas de César, llenaba con sus trofeos toda la tierra. Y no mayor semejanza hay por cierto en ambas matronas: Andrómaca sobrevive á Héctor, para conservar en Astyanax el precioso depósito de su inextinguible amor: la viuda de Grasso, más pagada del poderío que de las prendas morales de

¹ Lib V.

Pompeyo, alienta sólo despues de su muerte, para trasmitir á los hijos de aquel el odio que profesaba á César:

85 Haec mandata reliquit
Pompeius nobis, in nostra condita cura:
«Me cum fatalis leto damnaverit hora,
Excipite, o nati, bellum civile, nec umquam,
Dum terris aliquis nostra de stirpe manebit,
90 Caesaribus regnare vacet. Vel sceptrum, vel urbes
Libertate sua validas impellite fama
Nominis: has vobis partes, haec arma relinquo ¹.»

Quien hacia tal legado á sus hijos, no debió mostrarles el camino de la fuga, ni afrontar las haces enemigas *corde gelato*, ni arengar á sus legiones *moesta voce*, ni salir del campo de batalla sino muerto ó triunfante.

Ni es tampoco más verosímil el César pintado por Lucano. Cayo Julio representaba en Roma la idea popular, que una y otra vez habia protestado contra la supremacia de los patricios, logrando grandes y trascendentales conquistas sociales y políticas, y aspirando á la trasformacion total de la República. En esta idea estaba pues cifrado todo el misterio de los prodigiosos triunfos de César y de aquella singular adhesión del Pueblo Rey, que le ayuda á derribar el poderío del Senado. Sin duda se reflejó también en la conciencia de Lucano; mas ya porque contradijera vivamente el pensamiento generador de la *Pharsalia*, ya porque el poeta de Córdoba se creyese forzado á representar el interés de los patricios y los caballeros, le vemos desde luego declararse contra el domador de las Galias, despojándole de las altas dotes del guerrero, si bien no acierta á negarle aquella prodigiosa actividad, que correspondia de un modo admirable á la fortaleza y brio de su alma: las legiones de César, en medio del mayor peligro,

332 stant ordine nullo,
Arte ducis nulla; permittunt omnia fati ²:

los soldados de Pompeyo ven sin embargo por todas partes la som-

¹ Lib. IX.
² Lib. VII.

bra de César, y en vano procuran ocultarse á su valor en apartadas regiones. Pero al mismo tiempo le presenta como enemigo de la paz y de la humanidad:

..... Nescia virtus
 145 Stare loco: solusque pudor, non vincere bello.
 Acer et indomitus; quo spes, quoque ira vocasset,
 Ferre manum, et numquam temerando parcere ferro:
 Successus urgere suos: instare favori
 Numinis: impellens quidquid sibi, summa petenti,
 150 Obstaret, gaudensque viam fecisse ruina ¹.

En tal manera bosqueja su carácter: pasado el Rubicon, pone en sus labios estas terribles palabras:

225 Hic, ait, hic pacem temerataque iura relinquo;
 Te, Fortuna, sequor. Procul hinc iam foedera sunt.
 Credidimus fati. Utendum est iudice bello ².

No es el César de Lucano el noble y esforzado caudillo que al ver en Cádiz la estatua de Alejandro, llora de entusiasmo, y exclama que no ha hecho cosa alguna digna de loa, mientras á su edad habia aquel sojuzgado casi todo el mundo. La ambicion que en la *Pharsalia* se le atribuye, no es el generoso é hidalgo anhelo de gloria, que eleva y purifica las almas de los hombres, levantándolos á la esfera de los héroes: los sentimientos que animan al rival de Pompeyo, son los del bárbaro escita, que busca sediento el combate, para saciar su ferocidad y hartarse en la sangre de los vencidos. Sólo aqueja al César de Lucano la rabiosa sed de la venganza y el menguado frenesí del imperio; su gloria es la del tirano que busca todos los caminos del terror, teniendo en poco el amor de los hombres que ha de elevarle á la inmortalidad (único y verdadero norte de aquel caudillo). Y sin embargo César perdona en España al ejército de Afranio y llora en Egipto la muerte de Pompeyo, si bien Lucano presenta este llanto como expresion de su interior regocijo:

..... Lacrymas non sponte cadentes

1 Lib. I.
 2 Id. id.

Effudit, gemitusque expressit pectore laeto,
 1040 Non aliter manifesta putans abscondere mentis
 Gaudia, quam lacrymis... ¹

Sólo pudiera comprenderse tanta perversidad de alma, despues de pintar á César como al último de los bandidos, prefiriendo el robo, el sacrilegio y el estupro, á que reconocieran sus soldados los peligros en que su insensata ambicion los ponía:

305 Non illis urbes, spoliandaque templa negasset,
 Tarpeiamque Iovis sedem, matresque senatus,
 Passurasque infanda nurus. Vult omnia certe
 A se saeva peti, vult praemia Martis amari:
 Militis indomiti tantum mens sana timetur! etc. ².

No advertia Lucano que, aun encenagada así en el crimen, levantaba sobre su rival la gran figura de César, á cuyas plantas ponía los trofeos y laureles de Pompeyo, bien que apellidándole constantemente *Magno*. Al contemplar al vencedor de Farsalia, en medio del sangriento campo de batalla, le dirigia este apóstrofe:

554 Hic furor, hic rabies, hic sunt tua crimina, Caesar ³.

Desfigurados en tal manera los principales caudillos de la *Pharsalia*, natural parecia que no lograsen mejor fortuna los demas personajes. En efecto: la misma falta de verdad poética descubre la crítica en la figura de Caton, aliento y alma de los pompeyanos: aquel severo patricio, de quien escribe el mismo poeta:

128 Victrix causa deis placuit, sed victa Catoni ⁴,

aparece más declamador é indolente de lo que á la salvacion de la patria convenia, si bien activo á deshora, procura recoger, despues del vencimiento de Pompeyo, las reliquias de las despedazadas legiones de Tesalia. Sobrecogido no obstante de terror, sólo en el suelo inculco de África se juzga seguro de César. No menos abultados é inconsecuentes son los caracteres de Bruto y Marcia,

1 Lib. IX.
 2 Lib. V.
 3 Lib. VII.
 4 Lib. I.

que reciben vida de Caton, y tienen sus consejos por sagrados preceptos: el primero aspira á heredar la gloria de los Brutos; pero faltándole voluntad propia, carece de aquel temple superior de alma, capaz de conducirlo á grandes hechos: Marcia, remedo más bien de las mujeres de Esparta que tipo de las matronas romanas, ama en Caton la fama de su nombre, y como Cornelia, sojuzga el amor á la vanagloria mundana. Cornelia es, sin embargo, más tierna y simpática que Marcia.

Desnaturalizados en tal manera y por las causas ya insinuadas, caracteres y situaciones, era absolutamente inevitable el que semejantes defectos trascendieran al sistema propiamente artístico de Lucano. Pero ya queda notado arriba: el hijo de Ánneo Mela aparece á nuestra vista como el más legítimo heredero de Lucio Ánneo Séneca, y siendo su discípulo como filósofo y poeta, adopta su mismo sistema literario. Nacido, como él, en el ardiente suelo de la Bética, se muestra siempre inclinado al fausto y pompa de las amplificaciones é hipóboles, excediendo á menudo á su mismo maestro. Ni podía ser de otra suerte, cuando su lozana y briosa fantasía, su elevado espíritu, su virilidad y riqueza de inventiva, extraviados por la educación, sin guía seguro en medio del trastorno universal de las ideas, le sacaban con frecuencia del mundo de la realidad, no siendo bastante á contenerlo en los límites de la verdad poética. Lucano desnaturalizó, como vá demostrado, los caracteres; abultó los objetos de la naturaleza; pobló el mundo de seres fantásticos y exageró los sentimientos: imposible parecia pues que dejaran de reflejarse estas condiciones en su estilo y lenguaje. La elocuencia se habia ya hecho declamadora; la poesía era únicamente descriptiva: Lucano declamó y describió en la *Pharsalia*; y apegado al uso de grandes figuras retóricas, no perdonó género alguno de metáforas, cuyo exceso oscureció frecuentemente la fresca y gallardía de su atrevida frase y la feliz osadía de las imágenes por él empleadas.

Que esta continua exageración debia producir cierta hinchazón y amaneramiento en los términos de la expresión poética, basta para probarlo la lectura de cualquier pasaje de la *Pharsalia*. Lucano apuró en sus descripciones todas las circunstancias del objeto descrito, y llegó á ser en sus narraciones excesivamente minu-

cioso y exuberante. Puesto ya en esta pendiente, no respetó tampoco las leyes de la lengua de Horacio y de Virgilio, que encontró sin embargo visiblemente alterada ¹. En él, más que en ninguno de los escritores de su tiempo, más que en el mismo Séneca, se hallan giros y maneras de decir enteramente nuevos, que levantan y hacen por extremo pintoresca la elocución poética, mientras otras la afectan y oscurecen, no sin que alguna vez descubramos el reflejo del genio oriental, que tan profundas raíces habia echado en el antiguo suelo de la Bética ². Hé aquí, en nuestro concepto, la razón por qué, al fijar los caracteres del estilo de Lucano, le culpan los críticos extranjeros de haber adulterado voluntariamente y sin necesidad alguna la rica frase de Maron, atropellando de paso los fueros de la gramática.

Pero, aunque hallemos en Lucano abundante número de ideas y pensamientos que no resisten el análisis; aunque nos disguste la ostentosa amplificación de sus descripciones; aunque nos ofen-

¹ No podemos conformarnos con la opinión del renombrado crítico francés Mr. Nisard, cuando en los *Estudios* que dejamos citados, afirma que halló Lucano intacta la hermosa lengua de Virgilio.—Cuanto testimonios han llegado á nuestras manos prueban lo contrario, siendo verdaderamente notable que mientras el expresado crítico manifiesta que habia bastardeado visiblemente la prosa de Ciceron, de César y de Salustio, haciéndose antitética, entrecortada y oscura, se empeñe en demostrar que llegó pura á manos de Lucano la frase poética de Virgilio. Tiene la historia de las letras acreditado que mientras el dialecto poético conserva su nitidez y belleza, se esclarece y acaudala continuamente la prosa con sus galas y ornamentos: cuando el lenguaje de las musas decae y se adultera, no es ya posible que los prosistas logren dar á sus escritos la majestad y florida belleza que reciben de la poesía. Así pues no puede ser más notable la contradicción en que Nisard incurre, al acusar á Lucano de corruptor de la lengua latina, reconociendo al par que habia caído ya de su grandeza á impulso de los retóricos y declamadores.

² Véase lo indicado sobre este punto respecto de las colonias fenicias y de otros pueblos de Oriente, establecidas en la Bética (cap. I, pág. 8). Cuando lo mismo en Porcio Latron que en Marco Ánneo Séneca, en Lucio que en Lucano, hallamos excesivo fausto de hipóboles y amplificaciones, caracteres genuinos y muy especiales de la poesía oriental, no podemos desechar la idea de que debió necesariamente contribuir á formar su genio poético el genio del Oriente, grandemente antitético del occidental, reflejado en la poesía latina.

dan sus declamaciones hiperbólicas y sus violentas metáforas; aun- que reconozcamos, finalmente, que cambie en sus manos hasta oíerto punto la faz del lenguaje poético, no podremos nunca aca- bar con nosotros que fueron tales defectos hijos de otras causas que las ya indicadas. Cuando Lucano apareció en la liza literaria, era un hecho inevitable la decadencia de aquella literatura, como lo era la caída y aniquilamiento de aquella civilización, próxima al despeñadero. Si pues había sonado ya la hora en que debía hundirse aquella sociedad con su religión, su política y sus cos- tumbres, ¿cómo se pretende que la poesía, expresión genuina de los sentimientos de todos los pueblos en sus diversos estados de cultura, conservara en medio de tal caos el mismo tono y len- guaje de la Era de Augusto? Á Séneca habían precedido los gra- máticos, los retóricos y los declamadores: Lucio Anneo vacila un momento entre la tradición artística, ya adulterada, y las innova- ciones, á que le inclinaban su espíritu y el espíritu de sus coetá- neos: Lucano sigue, sin titubear, la senda que apenas se atreve á hollar su maestro; porque llevado en alas de su prodigiosa fan- tasía y aguijoneado por su excesivo amor á la independencia, cre- yó indigno de su genio el aspirar á la gloria de restaurador, imi- tando á los poetas de Augusto, y aspiró más bien á ser genuino intérprete de aquella Roma, que gemía bajo el sangriento yugo de Domicio, y de aquella España que en el concurso inmenso de todos los pueblos daba testimonio de su especial nacionalidad por medio de tan ilustres hijos.

Distinto camino siguió Marco Valerio Marcial, sobre quien han recaído hasta nuestros tiempos amargas censuras de los eruditos. Este hijo de Bilbilis, que pasó los primeros días en la indigencia, comprando en su virilidad, á costa de humillaciones, los vanos títulos de *quirite*, *tribuno* y *padre de familias*, y acabando su vida en el retiro de su patria, adonde le llevó el despecho que en- gendraron en su alma los desengaños, menos osado que el disci- pulo de Séneca y más respetuoso admirador de los vates del siglo de oro, procuró imitarlos, tanto respecto de la forma artística co- mo del lenguaje, más adulterado y corrompido ya, á fines de aquel siglo feroz y turbulento, en que florece. Pero á pesar de este vi- sible propósito, á que le impulsan vivamente los hábitos de su edu-

cación, no es dado á Marco Valerio el restaurar la poesía (empresa superior á toda fuerza humana), reflejando en sus producciones, más que ningun otro escritor de su tiempo, la corrupción de aquel pueblo, que caminaba á sabiendas á la barbarie.

«Si la descompuesta libertad de este poeta (exclaman los críti- cos del siglo XVI) no ofendiera en muchos de sus versos los «oidos castos de la piedad cristiana, fuera digno de estimarse en- tre los mayores vates de aquellos tiempos '.» Sin duda al formu- lar este juicio, se apartó la vista de lo que era la época de Mar- cial, y no se reparó tampoco en la situación personal del poeta. Al contemplar la abyección y envilecimiento del Pueblo Romano, había procurado el discípulo de Séneca despertarle de aquel le- targo, exclamando:

- 575 Non tamen ignavae post haec exempla virorum
Percipient gentes, quam sit non ardua virtus
Servitium fugisse manu. Sed regna timentur
Ob ferrum, et saevis libertas uritur armis:
Ignoratque datos, ne quisquam serviat, enses.
580 Mors, utinam pavidos vitae subducere nolles,
Sed virtus te sola daret!... 2.

Airado Décimo Junio Juvenal contra el libertinaje de sus coe- táneos, descarga su azote sobre la avaricia y la usura, persigue el adulterio, el envenenamiento y el asesinato, condena la infame delación, se ensaña contra la procaz insolencia de los poderosos

1 Aldrete, *Orígenes de la lengua castellana*, lib. I, cap. XVIII. Igual opi- nion han manifestado los críticos del pasado siglo, repitiendo y aun realiza- do la idea de formar con los epigramas *no impuros* un pequeño volúmen, lo cual se había ya indicado desde el siglo XVI. Todas las producciones de este poeta componen catorce libros de epigramas, demás del que lleva título *De Spectaculis*: todos tratan de diversos y multiplicados asuntos. En la edi- cion que hizo de todos ellos Vicente Collesso (Amsterdam, 1701) puso al fi- nal los tildados de obscenos, que ascienden á ciento cuarenta y ocho. En las impresiones más autorizadas forman los libros XIII y XIV los motes de amis- tosos regalos (*xenia*) y de presentes que se hacian en las fiestas saturnales (*apophoreta*): en la de Tauchnitz se añaden algunos epigramas que erradamente se le han atribuido (*supposititia*) y otros de diversos poetas *In Priapum Iusus*.

2 *Pharsalia*, lib. IV.

advenedizos, y truena finalmente contra todos los viejos que, cual mortal pestilencia, inficionan la patria de los Cincinatos y Catones. Marco Valerio Marcial compendia tan asombrosa corrupción en el siguiente epigrama, amarga y elocuentísima censura de las costumbres de aquellos romanos, que hallaban la suprema felicidad en el sangriento espectáculo de los anfiteatros:

Lambere securi dextram consueta magistri
Tigris, ab Hyrcano gloria rara iugo,
Saeva ferum rabido laceravit dente leonem:
Res nova, non ullis cognita temporibus.
Ausa est tale nihil, silvis dum vixit in altis:
Postquam inter nos est, plus feritatis habet ¹.

Marcial conocía pues la dolorosa situación de tan degenerada sociedad, no siéndole dado el dejar de retratarla con su propio, aunque repugnante, colorido. ¿Ni qué otro lenguaje podría emplear el poeta que había menester dirigirse á semejante sociedad, para conquistar sus aplausos, abriéndose con ellos el camino de una precaria existencia? ¿Cómo había de comprender la cáustica amargura de las sátiras, con que escarneaba á los magnates, aquella desapoderada muchedumbre que circulaba ociosa bajo los pórticos y en las termas de Roma?... Marcial no escribe para halagar los castos oídos de la piedad cristiana, optación de la crítica del siglo XVI, que no puede ser repetida por la crítica del XIX: su musa se dirige por el contrario á lisonjear la soberbia de los Césares, que derraman despiadados la sangre de los mártires, y á ganar con la malicia de sus chistes y con la aguda obscenidad de sus burlas el aura de aquella plebe que le señalaba llena de entusiasmo con el dedo ², mientras acudiendo frenética á ver des-

¹ *De Spectaculis*, epig. XVIII.

² El popular aplauso que logra Marcial, lo hallamos consignado repetidamente en sus epigramas, de los cuales se desprende que su nombre era universalmente conocido. Hablando, por ejemplo con su amigo Rufo (lib. VI, epig. LXXXII) supone que le halla un hombre de la plebe y que

Cum vultu digitoque subnotasset,
—Tunc es, tunc, ait, ille Martialis,
Cuius nequitias iocosque novit,

pedazar en los anfiteatros las vírgenes y los ancianos que confesaban en Cristo, despertaba con sus aullidos la sublime elocuencia de los Padres. Y sin embargo, ni los vergonzosos crímenes que presenciaba, ni las humillaciones que amargaron su existencia, fueron bastantes á borrar de su alma la probidad que, heredada de sus abuelos, había llevado á Roma:

Lasciva est nobis pagina, vita proba est ¹,

exclamaba al dirigir sus versos á Domicio.

Así pues este ilustre español, cuyas obras ha condenado á las llamas el error de algunos eruditos ², debe ser considerado con

Aurem qui modo non habet Botavam?

Y hablando de sí mismo (*De se*) añadía (lib. X, epig. IX):

Notus gentibus ille Martialis,
Et notus populis; quid invideatis?...

Y en otra parte (lib. XI, epig. III):

... Mens in Geticis ad Martia signa pruinis
A rigido teritur centurione liber:
Dicitur et nostros cantare Britannia versus.

¹ Lib. I, epig. V. Esta idea resalta asimismo en otros epigramas, probando cuán doloroso era para Marcial el verse forzado á hablar el depravado lenguaje de la sociedad de su tiempo. Alguna vez aquejado por los hipócritas que le motejan su franqueza, les clava su maligno aguijón, tal como sucede á un Cosconio, poeta al parecer epigramático, que intentaba rivalizar con M. Valerio (lib. III, epig. LXIX):

Omnia quod scribis castis epigrammata verbis,
Inque tuis nulla est mentula carminibus;
Admiror: laudo. Nihil est te sanctius uno:
At mea luxuria pagina nulla vacat.
Haec igitur iuvenes nequam facilesque puellae,
Haec senior, sed quem torquet amica, legat.
At tua, Cosconi, venerandaque sanctaque verba
A pueris debent virginibusque legi.

Dirigiéndose al lector en la epístola que precede al primer libro, había dicho, disculpando esta soltura de sus epigramas: «Lasciviam verborum veritatem, id est, epigrammaton linguam, excusarem, si meum esset exemplum: sic scribit Catullus, sic Marsus, etc.»

² Refiérese que los doctos Navajero y Mureto quemaban todos los años en día señalado cuantos ejemplares habían podido haber á las manos de las obras de Marcial durante el mismo; pero esta tradición literaria es rechazada como fabulosa por los españoles don Nicolás Antonio, don Tomás Serrano y el P.

arreglo á las diversas situaciones de su vida, si ha de juzgársele con acierto. En sus obras se encuentran tres diferentes vates: el poeta que se arrastra en los palacios ante la púrpura de los emperadores y la insolente vanidad de los poderosos, acusando despues amargamente su ingratitude; el poeta que se mancha en el cieno de las plazas públicas, tropezando en el más repugnante cinismo y deservoltura, cuando intenta escarnecer las liviandades y torpezas de la muchedumbre; y finalmente el poeta que encerrado en su modesto hogar y cansado ya de tanta corrupcion y envilecimiento, se duele dignamente de una y otro, y saborea los bienes de una felicidad no gozada, pintando con admirable candor los placeres de una amistad desinteresada y pura. Que en las obras de Marcial se reconocen sin dificultad alguna estos tres distintos caracteres, lo acreditará siempre la lectura de sus epigramas. ¿Cuál es, sin embargo, la causa de esta triple existencia de Marco Valerio?

Ya lo dejamos indicado: el hijo de Fronton y de Flacila fué enviado por estos á Roma, para seguir la carrera del foro; su amor á las letras, y singularmente á la poesía, le aparta luego de aquella senda, y halagado y honrado primero por Vespasiano, no reparó que tras aquellos honores, debian venir las humillaciones de Domiciano, y más adelante los desprecios de Trajano. Sin otro arrimo que su ingenio, ni otra esperanza de logro que la lisonja, vióse obligado á mendigar, á costa de adulaciones, la proteccion de aquellos Césares, que pagaban esquivos sus alabanzas, tal vez porque en el fondo de su alma no se reconocian merecedores de ellas ¹. Indignado Marcial contra los que así

Xavier Lampillas (*Biblioth. Vetus*, tomo I, cap. XIII; *Denf. de Marcial*; *Saggio Storico*, tomo I).

¹ Son numerosos sobre todo los epigramas que dirige á Domiciano, y entre ellos hay no pocos que, reconocida la historia de aquel César, causan verdadero rubor con su lectura. Recordemos, por via de muestra, el que empieza (lib. II, epig. XCI):

Rerum certa salus, terrarum gloria, Caesar,
Sospite quo magnos credimus esse deos.

ó el no menos humillante, cuyos primeros versos dicen (lib. VIII, epig. LXXX):

Sanctorum nobis miracula reddis avorum

le deprimian, y herido vivamente su amor propio, prorumpió en amargas quejas que se convertian á menudo en agudas sátiras, y acabó por renunciar á la felicidad que habia soñado, desvanecido en los palacios de los magnates por la opulencia y el fausto. Su enojo, un tiempo comprimido, le cegó al punto de tomar al pueblo por juez en sus querellas, vengándose de las injurias recibidas de los patricios, con sacar á plaza y entregar á las burlas de la plebe ya sus ridiculas ó criminales costumbres, ya sus sórdidas pasiones. No le seguiremos en este peligroso y resbaladizo camino; pero justo es confesar que aun puesto en aquella pendiente, no abandona á M. Valerio la verdadera *vis satirica*, mereciendo ser conocidos no pocos epigramas, donde persigue generoso el verdadero vicio. Veamos por todos el que dirige contra uno de aquellos fingidos próceres, que entonces, como en otros tiempos,

Nec pateris, Caesar, secula cana mori.

La clave de estos adulatorios elogios, nos la dá el mismo Marcial en estos versos (lib. IV, epig. XXVII):

Saepe meos laudare soles, Auguste, libellos.
Invidus ecce negat: num minus ergo soles?...
Quid, quod honorato non sola voce dedisti,
Non alius poterat quae dare dona mihi?...
Ecce iterum nigros corrodit lividus ungues.
Da, Caesar, tanto tu magis, ut doleat.

Sólo conociendo esta miserable situacion, se puede comprender cómo despues de comparar el palacio de César con el alcázar de Júpiter, dando la preferencia al primero, acaba otro de los epigramas dirigidos á Domiciano, diciendo:

Par domus est coelo: sed minor est domino.

La única explicacion de estas vergonzosas humillaciones la hallamos en el epigrama que dirige á su amigo Julio (lib. IX, epig. XCVIII), donde hablando de sus envidiosos, decia:

Rumpitur invidia, tribuit quod Caesar uterque
Ius mihi natorum, rumpitur invidia.
Rumpitur invidia, quod rus mihi dulce sub urbe est,
Parvaque in urbe domus, rumpitur invidia.

Marcial era en este punto lo que vulgarmente llamamos un *estómago agradecido*; pero en general á costa de su decoro y dignidad de hombre.